

seno contra Provera, que había llegado el quince al fuerte de San Georgio y que el diez y seis por la tarde se entregó con toda su columna. A Mantua le había llegado la hora. Wurmser se mantuvo firme hasta el último instante, rehabilitándose, con su heroica constancia, de las faltas cometidas en Castiglione y Basano. Durante dos días se discutieron las condiciones de la capitulación, que se efectuó el tres de Febrero, saliendo en libertad Wurmser, su estado mayor, setecientos hombres, con seis cañones, y quedando todos los demás prisioneros de guerra.

Austria estaba vencida y agobiada. Serie tan dilatada de desastres era para rendir el ánimo más valeroso. Había apurado todos los recursos, y no le quedaba de su predilecta Lombardia una pulgada de terreno. Bonaparte, en cambio, sentíase orgulloso y feliz. Había vencido á tres generales, destruido cuatro grandes ejércitos, y Lonato, Castiglione, Basano, Arcole y Rivoli envolvían su nombre en resplandeciente aureola de gloria. Literalmente, parecía que tenía encadenada á la victoria. Y no tanto por la eficacia de las armas, cuanto por la del pensamiento. Sus triunfos habían sido alcanzados, sobre todo, á fuerza de inteligencia, de actividad, de valor, rayano á menudo en la temeridad, siendo por esto tanto mayor la gloria conquistada. Sus sueños de oro, la posesión de Italia, que tanto ambicionaba dominar, era una realidad; un hecho, la palabra empeñada al Directorio. Había realizado la primera parte de su tarea cumplidamente, más allá de los deseos de su gobierno, y libre de las trabas que le habían tenido sujeto por tanto tiempo, podía dedicarse á llevar á cabo la segunda, á invadir los territorios hereditarios del Austria y dictar la paz al Emperador. Mas antes de acompañarle en estas nuevas empresas, debemos volver la vista á los acontecimientos que mientras tanto se habían desarrollado en los otros campos de batalla, en el sur de Alemania y en la Vendée.



CAPÍTULO VIGÉSIMO-PRIMERO

La guerra en Alemania y expedición á Irlanda.

La campaña en el Rin no se abrió hasta el primero de Junio, y en ella ejercieron desde el principio poderoso influjo las victorias de Bonaparte en Italia. La víspera de abrirse, el treinta y uno de Mayo, Wurmser recibió orden de marchar con veinticinco mil hombres al Tirol, para reforzar á Beaulieu y ponerse al frente del ejército que había de reconquistar la Lombardia. «En el estado actual de las cosas, escribía el Emperador, Italia es para mí, sin vacilación, el punto más interesante del teatro de la guerra». El archiduque Carlos, que stempre se había opuesto á tomar la ofensiva, acabó de desalentarse con la merma del importante contingente que se llevó Wurmser. Los franceses, al revés, abatidos ayer por falta de víveres, de vestido, de zapatos, de dinero, de municiones y hasta de armas, se reanimaron al denunciarse la tregua. Jourdan y Moreau convinieron en que el primero, dueño de la fortaleza de Düsseldorf, en la margen derecha del Rin, rompería el ataque, para atraer á este punto el mayor número posible de fuerzas enemigas y facilitar á Moreau el paso del río. El hábil y valeroso Kleber se encargó de esta operación y la llevó á cabo felizmente, rechazando á los austriacos hasta más allá del Lahn. Esto bastó para que el Archiduque, á despecho de todos los planes fabricados en Viena, retirase el grueso de sus fuerzas en la margen derecha del Rin, dejando treinta y cinco batallones al otro lado, en los campamentos de Maguncia y Manheim. Al enterarse de esta retirada, Jourdan avanzó hasta el Lahn alineando sus cuarenta y cinco mil hombres á lo largo de este río,

entre Lanstein y Wetzlar. Carlos, que disponía de sesenta y tres mil hombres, se lanzó, cerca de Wetzlar, contra la extrema izquierda de los franceses, rechazó la división Kleber, se abrió paso por el flanco y la espalda de los otros destacamentos y obligó á Jourdan á repasar el Rhin. Este descalabro apesadumbró al general francés. Carnot le consoló escribiéndole el veintitrés de Junio: «¿No convinimos el invierno, en nuestras conversaciones de París, en que el ejército del Sambre afrontaría el peligro del primer ataque? ¿No era nuestro fin distraer de Maguncia el mayor número posible de tropas y atraerlas hacia el Norte, para que Moreau pudiese pasar el río por el Sur? Este fin lo hemos conseguido brillantemente, ¿qué motivo hay, pues, para quejarse? Muy pronto, Moreau aparecerá en la margen derecha; entonces el ejército del Sambre avanzará de nuevo, con doble ímpetu, del Sieg al Lahn y del Lahn al Mein, y se dirigirá á Francia, donde aniquilará entre dos fuegos al enemigo, que Moreau hostilizará por su parte». Todas estas predicciones se cumplieron excepto la postrera. Moreau, procediendo con precaución y tino admirables, pasó el Rhin del veinticuatro al veintisiete, rompiendo el delgado cordón de tropas alemanas entre Mannheim y Basilea, y avanzó, por la llanura y por la montaña, hasta apoderarse de los desfiladeros del Kinzigthal y del collado de Kniebis, los pasos más importantes para penetrar en Wurtemberg. Latour, sucesor de Wurmser en el ejército del Alto Rhin, corrió con diez y seis batallones al encuentro del enemigo, y en pos de él, el Archiduque, resuelto á provocar una batalla para echar á los franceses al otro lado del Rhin. También Moreau la deseaba. «Una victoria en campo de batalla, dice su colega Saint-Cir, es como un pasaporte para el general que medita invadir un país enemigo». El Archiduque dispuso sus tropas en la llanura del Rheinthal: el ala derecha, cerca del río; el centro, extendiéndose al Este, hacia la montaña; el ala izquierda, mandada por el general Kaim, en la montaña misma cerca de Rothensohl y más al Este, ocho mil sajones, á las órdenes del general Lindt. Proponíase el Archiduque atacar el diez de Julio; pero los franceses le tomaron la delantera, embistiendo el nueve contra todas las posiciones alemanas á un tiempo: Desaix, en la llanura, con unos veinticinco mil hombres; Saint-Cir, en la montaña, con diez y ocho mil. Por ambas partes se peleó con denuedo, pero sin que ninguna pudiera gloriarse con la victoria. En la llanura, fueron deshechos los batallones de Desaix; en la montaña, Saint-Cir, gracias á su habilidad y energía, sorprendió á los sajones en sus cuarteles y echó de su posición á las tropas de Kaim. Mas el Archiduque dió la batalla por perdida. «Hemos triunfado en la llanura, dijo, pero el enemigo ha triunfado en la montaña; la montaña domina al llano; ¿de qué nos sirve, pues, la victoria en la llanura?» Inmediatamente dió orden de retirarse hacia Pforzheim, abandonando á los franceses el Rheinthal y la cadena de la Selva Negra.

Tan pronto como Moreau hubo pasado el Rhin, Jourdan, conforme á las instrucciones de Carnot, se adelantó, con unos cuarenta y seis mil hombres, contra Wartensleben, que

mandaba el ejército del Bajo Rhin. Retrocedió el jefe austriaco; cerca de Friedberg perdió una batalla el diez de Julio, y se detuvo, merced á refuerzos que le llegaron de Maguncia, delante de Francfort, á diez y ocho leguas del Archiduque, con quien sin dificultad habría podido reunirse en días, con poco que cada uno hubiese caminado hacia el otro. Esta unión la deseaba fervientemente el Archiduque; pero, al presente, le tiraba más el interés de proteger contra Moreau á Wurmser, que estaba preparando su invasión en Italia. Con este fin, desde Pforzheim, siguió retrocediendo hasta la cadena del Rauhe Alp, divisoria entre la cuenca del Rhin y la del Danubio, donde sentó sus reales, no lejos de Boehmenkirch, en fuerte posición, defendida por escarpadas vertientes y profundos desfiladeros. Jourdan destacó la división Bernadotte contra el ala izquierda de Wartensleben, el cual, para conservar la comunicación con el Archiduque, se retiró también al Sudeste, hasta Wurzburg. Carlos le mandó á decir que se detuviese aquí el mayor tiempo posible, pero sin indicarle nada acerca de las operaciones ulteriores; por lo que Wartensleben, viéndose acusado por Jourdan, se movió al Norte, hacia Zeil y Bamberg, apartándose más y más del Archiduque. Este movimiento asustó á Carlos, discurriendo que, si Jourdan se dirigía al Sur, hacia Nuremberg, podía, obrando en combinación con Moreau, cogerle entre dos fuegos; é inmediatamente levantó el campo, bajó al valle del Danubio y siguió retirándose hasta Nordlinga, á donde llegó el tres de Agosto. Desde aquí, participó á Wartensleben su deseo de unir los dos ejércitos, para lo que era necesario, en la actual situación, abandonar al enemigo la Franconia, como se le había abandonado la Suabia. El interés por Italia, que había impedido la unión entre los dos ejércitos austriacos, la estorbó también entre Jourdan y Moreau. Bonaparte expresó á su gobierno sumo regocijo por las primeras victorias de Moreau, añadiendo que solamente ellas podían preservar al ejército de Italia de la ruina completa, en vista de lo cual, el Directorio ordenó á Moreau perseguir al Archiduque hacia Rauhe Alp, y á Jourdan perseguir á Wartensleben hacia Bamberg. No mostró el Directorio más previsión que la corte de Viena. El interés por Italia les cegaba á entrambos. Por ambas partes los ejércitos continuaron separados, compensándose la falta de los unos con la de los otros. Evidentemente, los primeros que enmendasen su yerro serían los vencedores.

La que, por de pronto, salió perdiendo con esta conducta fué Alemania. El retroceso de los ejércitos austriacos, con fuerzas casi iguales á las de sus adversarios y sin haber sido apenas derrotados, hasta las fronteras de Austria y de Bohemia, entregaba á todos los males de la invasión las provincias de Suabia, Franconia y la misma Baviera. Desde este punto de vista, la conducta del Archiduque ni se justifica ni se explica. Las tropas francesas, siempre mal vestidas y no mejor alimentadas, caían sobre las poblaciones alemanas como manadas de lobos hambrientos. A los cabezas de familia se les sometía á tormento para que entregasen el dinero escondido, y se abusaba brutalmente de las mujeres y

las doncellas. Con frecuencia, veíase á los jefes mezclarse en estos vengonzosos excesos. Oficiales, generales, comisarios y abastecedores imponían á porfía, por su propia autoridad y para su provecho, contribuciones y requisas á los países devastados. El inventario de los robos cometidos de esta suerte, levantado después en los mismos lugares, arrojó, solamente en Suabia, la suma de tres millones quinientos mil florines, y no menos que Suabia padeció Franconia. Las comunicaciones de los generales franceses corroboran las quejas de las víctimas. «Hago todo lo posible para contener el saqueo, escribía Moreau el diez y siete de Julio; pero la tropa lleva dos meses sin paga y las columnas abastecedoras no pueden seguir nuestra rápida marcha. Los campesinos huyen, y los soldados desbalijan sus casas. Nadie desea nuestra llegada, y ahora, por instigación de los austriacos, varios distritos se han armado contra nosotros». El día veintitrés escribía de nuevo: «La penuria de las tropas ha obligado á varios generales respetables á hacer la vista gorda sobre estos saqueos; otros, menos delicados saquean también». El veintinueve, el comisario del gobierno, Haussmann, participaba que el robo era general y desmoralizaba á las tropas, que la población estaba consternada y enfurecida, que los soldados no conocían freno y que el menor fracaso en el campo de batalla provocaría una completa desorganización. Análogas comunicaciones enviaba el general en jefe del ejército del Sambre. «Los soldados, escribía Jourdan el veintitrés de Julio, tratan despiadadamente á los habitantes; me avergüenzo de mandar un ejército que se conduce de modo tan indigno; si los oficiales reprenden por tanta inhumanidad, se les amenaza y hasta se llega á disparar contra ellos.» En sus *Memorias*, el mismo Jourdan escribió: «El ejército carecía de medios de transportes, y fué menester apartar á las tropas las unas de las otras, para que pudiesen vivir de su industria.... Más terribles aún eran los desmanes de los merodeadores». En la rica Franconia, los soldados, hallando almacenes repletos de vino, se entregaban á todo género de excesos; los habitantes, espantados, se refugiaban en los bosques, con sus rebaños y ajuares, y muchos, reducidos á la desesperación, empuñaban las armas y se entregaban á la venganza y al bandolerismo.

Más grave que esto era, que el carcomido edificio de la constitución imperial se desplomaba para siempre en el Sur de Alemania. Obispos y príncipes, abades y soberanos, huían al acercarse las tropas republicanas, y cuando se habían puesto en salvo, volvían la espalda al Imperio enviando al enemigo embajadores á implorar la paz. El duque de Wurtemberg envió á su ministro Wöellwarth á negociar con Barthelemi, en Basilea, á donde llegó también un emisario de Baden, el barón Reitzenstein. Barthelemi les encaminó al cuartel general de Moreau, el cual, siguiendo las huellas de Bonaparte, entabló negociaciones, sin la intervención de los comisarios del gobierno, y el diez y siete de Julio otorgó una tregua al duque de Wurtemberg, mediante el pago de cuatro millones de francos, crecido número de caballos y grandes cantidades de trigo, forraje y zapatos. Reit-

zenstein cayó en la mala tentación de querer sobornar á Reynier, jefe del estado mayor de Moreau, lo que le obligó á retirarse; pero su sucesor, Edelsheim, obtuvo la tregua por dos millones en dinero y considerables provisiones. El ejemplo de Baden fué seguido por los demás Estados de Suabia, en términos que todo el círculo compró la tregua al precio de diez y nueve millones de francos, diez mil caballos, quinientos bueyes y enormes cantidades de trigo. Lo peor del caso era que la tregua no ponía coto á las exacciones y saqueos de los soldados, que no distinguían entre amigos y enemigos. Los duques de Wurtemberg y de Baden enviaron embajadores á París para negociar la paz definitiva, que fué ajustada con el primero el siete de Agosto, mediante ceder el Duque sus posesiones de la margen izquierda del Rhin, comprometerse á no tomar parte en la guerra contra Francia, autorizar á los ejércitos de ésta á pasar por sus dominios y morar en ellos, y pagar un tributo mensual de doscientos mil francos, hasta la conclusión de la paz entre la República y el Austria. Por estas condiciones, el duque de Wurtemberg pasaba de la condición de príncipe del Imperio alemán á la de vasallo tributario del enemigo del Imperio. El Directorio le adjudicó, en correspondencia, el bailío de Oberkirch, dependiente del obispado de Strasburgo, el prebostazgo de Ellwangen y la abadía de Zwiefalten. En términos análogos se firmó el veintidós de Agosto el tratado con Baden, al que los franceses prometieron, á cambio de las tierras que les cedía á orillas del Rhin, parte mayor en los bienes eclesiásticos que la señalada á Wurtemberg. Todo el país alemán, entre el Rhin y el Lech, se separaba por este modo del Imperio sometiendo á la soberanía de la República francesa. Indignó á la población este egoísmo de los príncipes, atentos á enriquecerse con lo que causaba la desgracia de sus súbditos. Entonces se depositaron en Alemania los primeros gérmenes del sentimiento nacional; entonces empezó á nacer, en millones de pechos, el convencimiento de que los alemanes no gozarían de hogar seguro mientras no se reuniesen todos en un poderoso Estado alemán.

Jourdan no obtuvo en Franconia resultados tan brillantes como su compañero; mas no dejó de enviar también al Tesoro francés una porción de millones: tres y medio, de los países comprendidos entre el Lahn y el Sieg; doce, de la ciudad de Francfort, y diez, de los Estados del círculo franconio. Tampoco fué pequeña ventaja para el gobierno francés el desarme de todos estos países. Cuando Moreau llegó á la Selva Negra, Wurtemberg separó sus tropas del ejército austriaco; lo mismo hizo, quince días después, el círculo de Suabia, y poco más tarde, el de Franconia. El archiduque Carlos protestó de estas deserciones, y como no se le hiciese caso, desarmó enfurecido á todas las tropas de los círculos que seguían aun bajo su bandera, sin reparar en que con esta medida ofendía á los príncipes, á la población y á las tropas, todos los cuales volvieron contra el jefe del Imperio el odio que antes le inspirara el invasor. La evacuación de Franconia obligó á su elector, Federico Augusto, el más fiel á la política imperial, á separar también del ejército aus-

triacos sus ocho mil hombres, fuertes y aguerridos, para el caso en que Jourdan invadiese la Sajonia. Los ministros sajones, inclinados de tiempo atrás á la política de Prusia, aprovecharon esta ocasión para decidir á su soberano, á concluir el trece de Agosto, con el general Jourdan un tratado de neutralidad, al que siguió otro análogo con el gobierno prusiano. Irremisiblemente, Austria se iba quedando sola.

También Prusia se sentía cada día más inclinada hacia Francia. Desde los sucesos del Otoño, sus ministros se hallaban tristes y abatidos. En Polonia, sólo habían cosechado decepciones; ninguna de las esperanzas fundadas en el tratado de Basilea se había cumplido, y la línea de demarcación del Rhin no había sido respetada por ninguno de los ejércitos beligerantes. El rey estaba indignado, aburrido, harto de los negocios políticos. Su salud no se había restablecido por completo desde la expedición de Polonia, y los groseros goces en que buscaba distracción aumentaban su debilidad y sus padecimientos. Su ánimo flotaba indeciso entre su reciente irritación contra las cortes imperiales y su antiguo odio á los jacobinos de París, y todos los días su ministro de Hacienda le repetía que no había recursos, lo que le condenaba á continuar inactivo. El principio de Federico el Grande, de que Prusia debía intervenir eficazmente en toda complicación europea, se dió por completo al olvido. El embajador de Francia en Berlín, Caillard, diplomático de la antigua escuela y observador concienzudo, discernía perfectamente los sentimientos de Prusia y recomendaba al Directorio la mayor prudencia; pues si el pueblo y la mayoría de los oficiales manifestaban aversión al Austria, no había menguado en el rey su repulsión al nombre de Francia y los ministros guardaban reserva absoluta, bien que cortés en la forma. Pero sus comunicaciones no surtían efecto, contrarrestadas por las que enviaba su adjunto, Parandier, furioso jacobino, muy intrigante, de la entera confianza del ministro francés Delacroix, encargado de vigilar al embajador y á cuyos despachos se daba más crédito que á los propios de éste. Así se explica la conducta del Directorio, que trataba de imponerse á Prusia por la tremenda. El ministro Delacroix decía con desenvoltura al embajador prusiano Sandoz, que Francia se reconciliaría al día siguiente con Austria accediendo al cambio de Bélgica por Baviera, y el mismo Carnot, de suyo tan comedido, soltaba la baladronada de que Francia podía levantar á la vez dos ejércitos de trescientos veinticinco mil hombres cada uno, para aplastar á un tiempo á Alemania y á Italia. La soberbia del Directorio llegó al extremo de querer expulsar escandalosamente á Gervinus, consejero de la legación prusiana, como había expulsado á Carletti, costándole no poco trabajo á Sandoz obtener el plazo de unos días para que su gobierno le llamase. El cuatro de Abril, Delacroix intimó á Sandoz firmar dos tratados; público el uno, concerniente á la línea de demarcación, el otro secreto, relativo á la transformación de Alemania. Por el primero, Prusia debería mantener en Francia un cuerpo de diez mil hombres y declarar la guerra al Austria, si ésta violaba la línea de demarcación; por el segundo, se comprometía á

ceder al Directorio la margen izquierda del Rhin y reconocer el principio de las secularizaciones. Sandoz se negó á firmar estos tratados, y cuando Caillard los presentó al gabinete de Berlín, Haugwitz los declaró inaceptables, y el rey escribió al pie de esta declaración: «Las proposiciones de Francia revelan tanta mala fe como ignorancia de la situación de Alemania». En este sentido se contestó á Caillard, y se decidió en el acto levantar en Westfalia un ejército de observación de cuarenta mil hombres, para garantizar la neutralidad del Norte de Alemania, bien que esta resolución no se efectuó hasta que Hanóver y el círculo de la Baja Sajonia accedieron á costear la mitad de los gastos. En esta tirantez se hallaban las relaciones al denunciar Austria la tregua á fines de Mayo. Entonces Sandoz, prescindiendo de Delacroix, entró en negociaciones directas con Carnot y Rewbell, á quienes declaró que los armamentos de Prusia tenían por único objeto proteger la línea de demarcación, y propuso que se conviniesen acerca de este extremo. Carnot se presentó mucho más moderado que su violento colega; pero opuesto á concluir el tratado público sobre la línea de demarcación, si Prusia no aceptaba los artículos secretos acerca de la margen izquierda del Rhin. «Semejante tratado, decía, libraría al rey de Inglaterra de todo temor respecto del Hanóver, y es menester que se nos conceda alguna ventaja positiva». Ofreció, sin embargo, cambiar secretamente con Prusia el recíproco compromiso de respetar la línea de demarcación, reservando los demás artículos, conforme al tratado de Basilea, para la paz general. El gabinete de Berlín aceptó esta proposición, y el once de Junio envió á París la promesa exigida. Mas no era esto lo que querían Carnot y Rewbell, los cuales trajeron de nuevo á cuento los artículos secretos y llegaron á declarar todo su pensamiento diciendo que Prusia debía elegir entre Francia y Austria. «¿Por qué no queréis tomar el Hanóver?», preguntaba Carnot á Sandoz.—«Porque queremos ser protectores de Alemania, no sus espoliadores», respondió el embajador.

No tardó en variar esta actitud de la corte de Berlín. Razón tenía Caillard diciendo á su gobierno que Prusia se iría con el que le infundiese más miedo. Ya desde las victorias de Bonaparte en Italia, había aumentado en Berlín el número de los amigos de Francia, y el mismo conde Haugwitz empezó á prestar grato oído á los que preveían que los triunfos de los ejércitos franceses iban á devolverles la posibilidad de obrar. El anciano príncipe Enrique, el principal promovedor de la paz de Basilea, seguía siendo hostil al Austria y decidido partidario de la alianza con Francia. Fué el único que recibió atablemente á Caillard, y dispensó su confianza al intrigante Parandier, á quien tuvo hospedado toda una semana en su castillo de Rheinsberg, á primeros de Junio. El diez de este mes, envió á su amigo, el agente de Delacroix, una *Memoria* acerca de la situación política, en la que se hallan esbozados los tratados de Leoben y de Campo Formio y que no echó en saco roto, según veremos más adelante, el gobierno francés. «Como las victorias de Italia, decía el Príncipe, traerán como consecuencia grandes triunfos alcanzados por el ejército de